

Iván Vález

# Reconquista

La construcción de España

la esfera  de los libros

# ÍNDICE

<i>Nota preliminar</i> .....	11
1. DE SPANIA A AL-ANDALUS .....	13
Tariq y Musa .....	15
La leyenda del conde don Julián .....	23
2. COVADONGA .....	27
La batalla de Covadonga .....	29
Los reyes asturianos .....	33
La querrela del adopcionismo y el Himno a Santiago .....	37
3. ALFONSO II Y EL SEPULCRO DE SANTIAGO .....	41
El vínculo carolingio y Bernardo del Carpio .....	42
La expansión atlántica cristiana .....	51
El sepulcro de Compostela .....	53
El impulso repoblador .....	57
4. EL IDEAL NEOGOTICISTA Y EL PODER MULADÍ ...	61
Alfonso III el Magno .....	64
La rebeldía muladí .....	68
El tercer rey de España .....	70

5.	DE BARDULIA A CASTILLA .....	77
	Condes e infanzones .....	80
	De la dependencia cordobesa al reino de Castilla .....	82
6.	EL VICTORIOSO POR ALÁ .....	89
	La destrucción de Santiago de Compostela .....	93
	Almanzor. Apunte romántico .....	97
7.	<i>REX HISPANIAE</i> .....	99
	La batalla de Tamarón .....	104
	La batalla de Atapuerca .....	106
8.	<i>IMPERATOR TOTIUS HISPANIAE</i> .....	111
	La conquista de Toledo .....	113
	La batalla de Zalaca .....	115
	Aledo, Cuarte y Bairén .....	117
	El desastre de Uclés .....	124
9.	MIO CID .....	127
	El primer destierro .....	131
	El segundo destierro .....	138
	La conquista de Valencia .....	140
10.	HACIA LA UNIÓN DE LOS REINOS CRISTIANOS ...	143
	El nacimiento de Portugal .....	151
	Munio Alfonso, héroe fronterizo .....	155
	Las primeras conquistas de Córdoba y Almería .....	156
	El reparto de los reinos .....	160
11.	DESASTRE EN ALARCOS, GLORIA EN LAS NAVAS ..	163
	El ejército del Señor .....	168
	La batalla de Las Navas de Tolosa .....	172

12.	LA UNA CONQUERIDA, LA OTRA TRIBUTADA .....	181
	La batalla de la Mesa de Santiago .....	187
	El Tratado de Almirante y la conquista de Jaén .....	191
	La conquista de Sevilla .....	193
	La campaña de África .....	198
13.	PARTIDAS, CANTIGAS Y FECHOS .....	201
	El <i>Fecho del Allende</i> .....	208
	El <i>Fecho del Imperio</i> .....	211
	La revuelta mudéjar y la invasión mariní .....	218
	NO $\infty$ DO .....	221
14.	LOS TRASTÁMARA: UN LINAJE BASTARDO .....	233
	Una guerra fratricida .....	233
	El rey doliente .....	239
	Fernando el de Antequera .....	241
15.	DEL COMPROMISO DE CASPE AL TRATADO DE ALCAÇOBAS .....	245
	El Compromiso de Caspe .....	245
	Auge y caída de don Álvaro de Luna .....	247
	«¡Abajo, puto!» .....	250
	De Toro a Alcaçobas .....	255
16.	LA FRONTERÍA .....	259
	Adalides y homicianos .....	260
	Cautivos, esclavos y alfaqueques .....	263
17.	LA GUERRA DE GRANADA .....	267
	El desastre de Loja .....	270
	La campaña de 1483 .....	273

La conquista de Málaga .....	277
Granada capitula .....	283
18. TANTO MONTA .....	289
19. SOBRE EL TÉRMINO Y LA IDEA DE RECONQUISTA ..	295
<i>Bibliografía</i> .....	317

## NOTA PRELIMINAR

En marzo de 2021, Félix Gil, editor de La Esfera de los Libros, después de desestimar algunos temas que acaso algún día vean la luz, me encargó un libro sobre la Reconquista. Con un plazo de apenas quince meses por delante, la tarea de reconstruir tan amplio y trascendental periodo histórico se antojaba una temeridad. Pese a ello, acepté, quizá buscando esos peligros de los que en su día habló Quevedo. *Reconquista* es un libro de estructura lineal interrumpida por algunos saltos temporales que muestran hasta qué punto la historia constituye un activo campo de batalla ideológico. De hecho, esta obra, que aparece a 1.300 años de la batalla de Covadonga, se enmarca en un contexto que divide a las fuerzas políticas e ideológicas españolas en bandos que, o bien abrazan o bien rechazan el término e incluso la idea de «reconquista», que tiene como momento inicial los hechos protagonizados por don Pelayo en aquel lugar. Por el uso que de los hechos del pasado se hace en el presente y por la cantidad de mitos que arrastran esos más de siete siglos, se ha pretendido elaborar una obra no exclusivamente histórico-positiva. Corresponde al lector valorar si se ha conseguido tal propósito.

No quisiera dejar de expresar públicamente mi gratitud a aquellas personas —Sara Baigorri, Gustavo Bueno Sánchez, Sharon Calderón, Alfonso Calle, José María Fernández, Víctor Ibáñez, José Antonio López

Calle, Carlos M. Madrid Casado, Almudena Serrano Mota, José Ramírez del Río y Macario Valpuesta— que, de un modo u otro, han contribuido a la confección de esta obra.

## DE SPANIA A AL-ANDALUS

¿Quién será capaz de referir tantos peligros?

¿Quién de enumerar tan terribles desastres?

Pues si todos los miembros se convirtiesen en lenguas,  
aun así jamás pudiera hombre alguno publicar la ruina y los males  
tan grandes y sin cuento que afligieron a España...

Dos siglos y medio antes de que se escribiera este lamento, incluido en la *Crónica mozárabe* de 754, a finales del siglo V, los visigodos habían entrado en Hispania en plena fragmentación del Imperio romano de Occidente. Vencidos por el monarca franco Clodoveo en la batalla de Vouillé en 507, los visigodos, después de ver cómo su reino, con capital en Tolosa, se destruía, cruzaron de forma definitiva los Pirineos para asentarse en las tierras regadas por el Duero, desde donde, progresivamente, se adueñaron de la Península Ibérica, estableciendo su capital en Toledo. La hegemonía goda se alcanzó después de vencer a los vascones a finales del siglo VI y, sobre todo, después de la derrota del rey suevo Mirón en el año 585, a manos de Leovigildo, que un año antes había derrotado a su propio hijo, Hermenegildo, poderoso gobernador de la Bética que abrazó el catolicismo. Junto a sus éxitos en los campos de batalla, el reinado de Leovigildo destacó por autorizar los matrimonios, antes prohibidos, entre godos e hispanorromanos. La anatematización de Arrio llegó de la mano del hermano menor de Hermenegildo, Recaredo, heredero del reino visigodo en 586 y firmante, bajo la fórmula imperial *Flavius Recaredus Rex*, de las actas del III Concilio de Toledo que, celebrado en

589, contó con la presencia de los obispos, casi todos hispanorromanos, de sus dominios, entre los que se contaba la provincia Narbonense. En la documentación emanada del III Concilio, en el que el catolicismo se convirtió en la religión del reino visigodo, Recaredo, *rex gothorum atque suevorum*, dedicó a los obispos estas palabras, en referencia a la herejía arriana y al paganismo que se pretendían extirpar: «No creemos que se oculte a vuestra santidad cuánto tiempo España padeció bajo el error de los arrianos»,<sup>1</sup> frase análoga a las muchas que se referirán, tiempo después, a otra herejía cristiana asentada en la Spania visigoda: el islam.

Lograda la unidad religiosa de las gentes hispanorromanas y godas, posterior denominador común de los focos norteños que sobrevivieron a la conquista musulmana, la tarea expansiva de Leovigildo fue ampliada por Suintila en la tercera década del siglo VII, al incorporar a su reino las tierras ocupadas por los bizantinos, hecho que le granjeó el elogio de san Isidoro de Sevilla. A comienzos de esa centuria aparece la denominación *reges Hispaniae* para los soberanos visigodos y Spania coincidente con el *Regnum gothorum*. Tal y como se ha subrayado en múltiples ocasiones, los visigodos no llamaron Gotia a sus dominios, a diferencia de lo ocurrido al norte de los Pirineos, donde la antigua Galia dio paso al reino de los francos, del que deriva el actual nombre de Francia. La Spania visigoda daba continuidad, en suma, a la Hispania romana.

Durante el IV Concilio, celebrado en 633, se trató de dotar de estabilidad al reino, siempre agitado por las luchas aledañas al trono. En relación a la sucesión regia, se determinó que esta se llevaría a cabo muerto el rey, no asesinado o destronado por una rebelión. La elección del sucesor debía hacerla la nobleza goda en unión con los obispos, si bien esa exclusividad electiva se diluyó parcialmente en tiempos de Recesvinto, en cuyo reinado se dio forma al *Liber Iudiciorum* o Fuero Juzgo. Durante el IV Concilio de Toledo y los que le siguieron, se hicieron frecuentes alusiones a la patria y al pueblo godo —*gentisque gothorum*—, que disponía de un estatus jurídico diferente del de los romanos, entre los cuales, a su vez, se distinguía entre libres y esclavos. Ambas comunidades, a las que cabría

sumar a los suevos y a los judíos, quedaban no obstante contenidas en la fórmula *totius Hispaniae populis*. Todas estas disposiciones no impidieron el estallido de fuertes disputas entre las diversas facciones vinculadas a las familias más poderosas del reino visigodo. La última de ellas precipitó la llegada de los musulmanes a la península.

A finales de 702, probablemente en Córdoba, murió Egica. Años atrás, en 694, el rey visigodo había asociado al trono a su hijo Witiza, nacido antes de 687. Esta práctica, común en Bizancio, eludía la ceremonia de la unción, reservada para los mayores de edad. El 15 de noviembre de 700, cumplidos los dieciséis años, edad adulta según la tradición romana, Witiza fue ungido. Durante los dos años en los que reinó junto a su padre, el joven residió en Tuy, desde donde ejerció labores de gobierno, práctica esta, la de la gobernación de las tierras galaicas, a la que se dedicaron muchos de los que accedieron al trono astur primero y al leonés después. El reinado de Witiza dio comienzo con la rehabilitación de muchos de los nobles marginados por su padre y continuó con la incorporación de la Mauritania Tingitana, obtenida gracias a una hábil política de alianzas que le convirtió en el primer rey goda que controló las dos orillas del Estrecho de Gibraltar.

## **Tariq y Musa**

La Hispania inmediatamente anterior a 711 había sentido los estragos de dos hambrunas y pestilencias en los años 707 y 709, que mermaron su población y propiciaron la fuga de numerosos esclavos. A finales de 709, acaso víctima de la peste bubónica, murió el rey Witiza, que contaba con veinticinco años. Dada su juventud, ninguno de sus hijos tenía edad para sucederle. En estas circunstancias, parte de la nobleza eligió como rey a Rodrigo, duque de la Bética perteneciente al linaje de Chindasvinto. Muerto Witiza, probablemente en Toledo, estalló una guerra civil que enfrentó al bando de Rodrigo, primo hermano de Witiza y experimen-

tado gobernante de la Bética, y al resto de aspirantes. El primero de ellos, Suniefredo, pese a controlar Toledo, donde pudo ser ungido, fue vencido rápidamente por Rodrigo. Más resistencia opuso Agila II que, asentado en las provincias Tarraconense y Narbonense, mantuvo esos ducados hasta 713, enfrentado tanto a don Rodrigo como a los invasores musulmanes.

Contando con el respaldo de la facción witiziana, vínculo que se estrechó gracias a su matrimonio con Egilona, perteneciente a ese linaje, Rodrigo fue ungido en Toledo por el metropolitano Sinderedo entre finales de 710 y principios del año siguiente. El nuevo duque de la Bética fue Teudemiro. Mientras todo esto ocurría en la península, don Julián, conde de Ceuta, último enclave del Imperio bizantino en el norte de África, se desvinculó de la obediencia a la monarquía visigoda y se puso a las órdenes del valí omeya Musa ibn Nusayr, el *moro Muza* de la tradición hispana. Su desafección está envuelta en leyendas como la que afirma que don Rodrigo violó a la hija de don Julián, quien, para vengar su honor, ofreció su flota a Tariq ibn Ziyad para cruzar el Estrecho. A este relato, de estructura arquetípica, se unen otros factores que probablemente facilitaron el éxito de Tariq y Musa.

Antes de tan decisiva travesía se produjo la fracasada expedición comandada por Tarif, que desembarcó en el lugar que todavía conserva su nombre, desde donde hizo algunas incursiones de escasa entidad y nulo éxito militar, antes de regresar a Tánger, para ser desposeído de sus responsabilidades de gobierno. A la fugaz campaña de Tarif le sucedió la que tuvo lugar durante la noche del 27 al 28 de abril de 711, cuando el bereber Tariq ibn Ziyad, valí de Tánger subordinado al árabe Musa ibn Nusayr, gobernador de Ifriqiya —actual Túnez—, cruzó el estrecho de Gibraltar al mando de 7.000 hombres. En esta ocasión se buscaba algo más que un rico botín. Después de desembarcar en las inmediaciones del peñón de Gibraltar, el ejército mahometano se dirigió hacia la fortificada Carteya. Para estimular la participación de los fieles se acuñó una moneda que animaba a esforzarse en el camino de Dios, es decir, a su-

marse a la guerra santa. El objetivo era derrocar a Rodrigo, que se hallaba combatiendo a los vascones en tierras de Pamplona para consolidar su poder al norte del Ebro. Desde Carteya, Tariq ascendió por el valle del Guadalquivir, mientras Rodrigo trataba de concentrar la mayor fuerza militar posible en Córdoba, ciudad a la que llegaron gentes leales al nuevo rey, pero también rivales que esperaban su momento. Por su parte, Tariq recibió el refuerzo de 5.000 hombres. Apenas tres meses después del desembarco de los africanos, Rodrigo, siguiendo las costumbres godas, abandonó a caballo su palacio de Toledo, precedido por la cruz regalada por el papa Gregorio Magno a Recaredo, que incluía un relicario con un *lignum crucis*, y se dirigió hacia la Bética. Es probable que don Rodrigo, que vestía una rica túnica adornada por pedrería, también se hiciera acompañar por un trono. De esta forma tan fastuosa como cargada de simbolismo llegó el rey visigodo hasta los que la *Crónica mozárabe* de 754 llama *Transductini promontorii*. En esos montes se combatió durante una semana, hasta que el 23 de julio tuvo lugar la comúnmente llamada batalla de Guadalete, probablemente acaecida en el río Barbate o en un humedal próximo. Allí, la derrota de Rodrigo, que murió ahogado después de que los hermanos de Witiza, Sisberto y el obispo hispalense Oppas, le traicionaran, dejándole abandonado en pleno combate, precipitó el fin del reino visigodo y su caída en manos mahometanas, pues las tropas norteafricanas no regresaron a su tierra de origen.

Así es como el reino visigodo quedó subsumido dentro del *dar al-islam* o «casa del islam». Apenas algunos enclaves del norte peninsular permanecieron en *dar al-harb*, o «casa de la guerra». Después de descabezar el reino visigodo, Tariq se dirigió a Astigi, actual Écija, donde aniquiló a gran parte de los supervivientes, e incluso de los desertores de Guadalete, que allí se habían concentrado. Aconsejado por don Julián, Tariq selló una alianza con las facciones witizianas, representadas por un miembro de esa estirpe: Teudemiro. El ejército musulmán se dividió en tres columnas, que se desplazaron por antiguas calzadas romanas. La comandada por Teudemiro, en la que iban los cristianos que integraban

sus mesnadas, partió hacia la actual Andalucía oriental y Levante. En su despliegue, Teudemiro contó con la ayuda de las aljamas judías, hecho que en el siglo XIX dio lugar a un animado debate historiográfico protagonizado por liberales y conservadores, alineados en torno a la cuestión sefardí. Como es sabido, junto a don Julián, los judíos han sido acusados de favorecer la entrada en la Hispania visigoda de los musulmanes. Los hebreos habrían colaborado para sacudirse la presión que sufrían. Ha de tenerse en cuenta que en 589, durante el III Concilio de Toledo, en el que el reino visigodo abandonó el arrianismo, el judaísmo se consideró un rechazo explícito de la fe verdadera, razón por la cual debía ser erradicado. Más tarde, durante el reinado de Sisebuto (612-621), las aljamas judías sufrieron grandes limitaciones e incluso se decretaron bautizos forzosos. Un par de décadas antes de la irrupción musulmana, los concilios toledanos insistieron en castigar a los judíos por la obstinación en su credo. En estas circunstancias, a pesar de que en el año 627 el profeta Mahoma había mandado masacrar a los judíos de Qurayza y, más tarde, asesinar al poeta Kab, la colaboración de algunas juderías con los ismaelitas cobra sentido. Casi un siglo después, las relaciones entre los sefardíes y los bereberes se vieron favorecidas por el hecho de que parte de los que irrumpieron en la península habían abandonado recientemente el judaísmo antes de abrazar, con mayor o menor sinceridad, el islam, decisión que no impidió que fueran discriminados por los árabes o sarracenos. A la inicial separación entre ambos colectivos también contribuía el hecho de que los bereberes, la mayoría zanatas, hablaban *amazig*, en lugar de árabe. Granada, ciudad que albergaba una nutrida aljama judía, cayó fácilmente en poder de Teudemiro. Asegurada la antigua Iliberris, el duque se dirigió hacia Orihuela. El relato de su toma está envuelto por una leyenda según la cual, dada la escasez de defensores de la ciudad, las mujeres, despojadas de su toca y con cañas en sus manos, se subieron a la muralla mientras el jefe de la guarnición pactaba la rendición a cambio del respeto de la vida de sus moradores.

La segunda de las columnas, formada por 700 jinetes capitaneados por Mugith al-Rumi, antiguo cristiano bizantino convertido al islam, se dirigió a Córdoba, ciudad de la que había huido gran parte de su nobleza compuesta, en gran medida, por linajes hispanorromanos. Córdoba, enclavada en el corazón de la Bética y comunicada por calzadas, pero también por un importante puerto fluvial, ejercía de contrapeso de Toledo. Protegida por sus murallas romanas, la ciudad, de la que probablemente muchos de sus defensores habían muerto en Guadalete, fue ganada gracias a las indicaciones de un pastor, tópica figura que aparecerá en otros episodios similares, que guio a los mahometanos hasta un portillo de la muralla por el cual estos escalaron y se descolgaron utilizando sus turbantes. Una vez tomada Córdoba, al-Rumi quedó como gobernador, apoyado en la comunidad judía local para mantener su poder.

El tercer contingente, dirigido por Tariq, se dirigió hacia Toledo, ciudad que muchos de sus habitantes habían abandonado. Los huidos enterraron las coronas de los reyes visigodos en la basílica de Guarrazar, donde permanecieron ocultas hasta su casual descubrimiento a mediados del siglo XIX. No ocurrió lo mismo con la Mesa de Salomón, que formó parte del fabuloso botín ganado por Tariq. La obtención de esas riquezas se vio empañada, no obstante, por la quiebra de la alianza establecida con Teudemiro y las facciones witizianas. La posibilidad de que Tariq y sus huestes quedaran aislados precipitó la llegada a la península de Musa ibn Nusayr.

Precedido por su hijo Marwan, en junio de 712, Musa, que ya había dirigido una campaña contra Chipre, cruzó el Estrecho acompañado por 18.000 guerreros árabes. También le acompañaba don Julián. Su puesto como emir quedó en manos de otro de sus hijos, Abd Allah ibn Musa. El desembarco se produjo en Algeciras. Desde allí, el ejército se dirigió a Medina Sidonia, ciudad que firmó un pacto de paz a cambio del respeto de las vidas y las haciendas de sus habitantes. La siguiente en caer fue la fortificada Carmona, al parecer gracias a que don Julián y sus hombres fingieron acogerse a la misma y, una vez dentro, abrieron sus puertas para

que entraran los musulmanes. Después de conquistar Carmona, Musa tomó Sevilla tras un largo asedio que concluyó con el establecimiento de un pacto. Tal y como había ocurrido anteriormente en Córdoba, el dominio de la ciudad, cuya guardia fue otorgada a los judíos, respetó parte del poder que atesoraban los principales linajes hispanogodos.

Con Sevilla en su poder, Musa se dirigió hacia Mérida, capital de la Lusitania en la que se habían concentrado gran parte de los rodriguistas. Protegida por sus potentes murallas romanas, la ciudad, que se opuso a campo abierto a los musulmanes, resistió durante meses, tiempo durante el cual se produjo una rebelión en Sevilla que hubo de sofocar otro de los hijos de Musa: Abd al-Aziz. Pacificada Sevilla, Abd al-Aziz se dirigió hacia Levante para neutralizar a Teudemiro, que, tras comprobar que la opción witiziana al trono se desvanecía, cortó amarras con sus coyunturales aliados. En su ruta, el hijo del emir empleó también una política pactista para tomar las tierras de la actual provincia de Jaén, permitiendo la persistencia de cierto poder hispanogodo. Después de cruentos combates, la fuerza militar de Abd al-Aziz se impuso a la de Teudemiro, que, sin embargo, logró suscribir un pacto que le garantizó cierta autonomía política, si bien tres décadas después el control fiscal de aquella tierra quedó en manos de los gundíes egipcios<sup>2</sup> asentados en al-Andalus después de haber sido derrotados por los bereberes. He aquí una de las versiones que han llegado hasta nuestros días del acuerdo<sup>3</sup> suscrito el 5 de abril de 713:

En el nombre de Dios el más Misericordioso, el más Compasivo. Pacto dado por Abd al-Aziz Ibn Musa a Tudmir Ibn Gubdush, en el cual Tudmir [Teudemiro] se somete a este pacto y acepta la clientela de Allah y la clientela de Su Profeta (la paz sea con él) con la condición de que ningún dominio le sea impuesto a él ni a nadie de su pueblo. No se tomará nada de su reino, y no serán muertos, ni capturados, ni separados el uno del otro, ni de sus hijos, de sus esposas, ni a obligarles el cambio de su religión, ni quemarles sus iglesias, ni se le quitará de su reino mientras permanezca fiel y sincero y cumpla con lo que hemos es-

tipulado con él. Este tratado es válido también para otras siete ciudades: Orihuela, Valentila, Alicante, Mula, Bigastro, Eyyo y Lorca, y que él no proveerá refugio a nuestros desertores o a nuestros enemigos, y que él no amedrentará a nadie que viva bajo nuestra protección (*aman*), y que él no esconderá ninguna información que pudiera tener referente de nuestros enemigos, y que él y toda su gente pagará un dinar al año y cuatro amdad de trigo, cuatro amdad de cebada, cuatro medidas (*aqsat*) de jarabe concentrado, cuatro medidas (*aqsat*) de vinagre, dos de miel y dos de aceite, y el esclavo pagará la mitad de todo esto. Uthman bn Abi Abda al-Qurashi, Habib bn Abi Ubayda, Abd Allah bn Maysara al-Fahmi, y Abu al-Qasim al-Hudhli firmaron este tratado como testigos en el día 4 de Rajab en el año 94 de la Hijra.

Aquel acuerdo acabó con las esperanzas que los emeritenses tenían de recibir socorro cristiano. La vieja ciudad romana se rindió el 30 de junio de 713, obteniendo condiciones más severas que las logradas por Teudemiro. La exitosa política de asedios y pactos de rendición se mantuvo en el tiempo. Al igual que Teudemiro, el conde Casius, asentado en el valle del Ebro, retuvo su poder a pesar de la llegada de los tuchibíes, árabes que se mantuvieron siempre leales a Córdoba, en contraste con la actitud de los que mudaron su nombre, ya convertidos en muladíes, por el de Banu Qasi.

Conquistada Mérida, Musa y Tariq se reunieron cerca de Talavera y entraron en Toledo, donde el bereber hizo entrega de las riquezas obtenidas. Dentro de la ciudad del Tajo, Musa literalmente descabezó a los últimos nobles que persistían en su rebeldía al poder califal. Con gran parte de la península bajo su control, ya fuera por conquista ya por pactos que se extendieron al cuadrante noroeste de la misma, Musa retomó la tarea a la que estaba dedicado don Rodrigo antes del año 711: la derrota del rey Agila II. De hecho, el emir calcó el itinerario seguido por el godo. La ofensiva dio comienzo en la tierra de los vascones y tuvo como principal objetivo la ciudad de Zaragoza. La campaña sobre

los dominios de Agila II dejó un rastro de destrucciones, incendios, hambrunas y toda suerte de violencias, incluida la crucifixión de algunos magnates hispanogodos. Con sus murallas debilitadas, la ciudad del Ebro no pudo resistir las acometidas de Musa. La victoria sobre la antigua Caesar Augusta, que terminó con el reinado de Agila II, fue la última del emir. A Agila II le sucedió Ardón, que fue proclamado el 11 de noviembre de 713 y reinó durante siete años, con la ciudad de Huesca como principal símbolo de su resistencia. Con sus huestes muy alcanzadas, Musa abandonó la Tarraconense en otoño de ese mismo año para regresar a Ifriquiya, acaso con el propósito de reclutar más tropas con las que terminar la conquista del antiguo reino visigodo. Desde el norte de África, Musa se dirigió hacia Damasco para comparecer ante el califa Walid I, que se encontraba gravemente enfermo. La enorme comitiva estuvo compuesta por un gran contingente de esclavos, entre ellos muchas mujeres y gran parte del fastuoso botín obtenido durante los saqueos. Dentro de la misma viajaron Tariq, Mugith al-Rumi, Teudemiro y don Julián, así como algunos de los nobles que habían suscrito pactos con los agarenos.

Musa fue juzgado con severidad por el califa Sulayman, sucesor de Walid I, que dictó su condena a muerte. El conquistador, sin embargo, fue capaz de sustituir su ejecución por el pago de nueve toneladas de oro. En la península, al frente del gobierno de al-Andalus,<sup>4</sup> nombre que trataba de romper con el mundo hispanogodo, cristiano, en definitiva, para dar paso a un nuevo orden político y religioso, Musa había dejado a su hijo, Abd al-Aziz ibn Musa, que dio continuidad a las campañas de su padre en la Tarraconense hasta llegar a las fronteras del ducado de Narbona. Como complemento a estas acciones militares, al-Aziz se casó con Egilona, viuda de Don Rodrigo, acaso perteneciente al botín de guerra obtenido por su padre,<sup>5</sup> tratando de hallar legitimidad para convertirse en heredero de la Hispania visigoda. El enlace logró apagar las últimas hostilidades del bando rodriguista, si bien de algún modo el casamiento precipitó su caída. Recelosa de que los godos ganaran poder en la corte

sevillana de al-Aziz, la facción encabezada por su primo Ayyub ibn Habib planeó un asesinato que se justificó posteriormente por la supuesta apostasía de al-Aziz, que incluso había pretendido coronarse como rey inducido por su esposa. El historiador Luis Agustín García Moreno ofreció una razón de mayor calado político.<sup>6</sup> Según este autor, la verdadera causa del asesinato, llevado a cabo por destacados elementos árabes de su gobierno en junio o julio de 716, mientras el emir se hallaba orando en la mezquita que se hizo construir en la basílica martirial hispalense de las santas Justa y Rufina, fue el intento de acabar con la política pactista que caracterizó al hijo de Musa. Muerto al-Aziz, Ayyub ibn Habib, apoyado por el elemento bereber, apenas pudo ejercer su poder un mes, pues en agosto fue sustituido por el nuevo gobernador nombrado por el califa: al-Hurr Abd al-Rahman al-Taqafi. A medio plazo, el recrudescimiento de la estrategia califal, especialmente en el ámbito fiscal, cuyo control extremó al-Hurr, desató enormes y trascendentales hostilidades.

Para contrarrestar la fuerza bereber afín a al-Aziz, al-Hurr pasó el Estrecho acompañado por 400 jeques árabes. Protegido por ellos, el nuevo gobernador, que obligó a los bereberes a devolver la parte del botín obtenido de manera ilegal, retomó la ofensiva sobre el noreste peninsular. Al-Aziz sometió Tarragona, Barcelona y Gerona. También consiguió la capitulación de la ciudad de Huesca. Sin embargo, en la primavera de 719, cuando se disponía a atacar la provincia Narbonense, fue sustituido por al-Samh, enviado a al-Andalus por el nuevo califa, Omar II, que culminó aquella conquista.

### **La leyenda del conde don Julián**

El conde don Julián es una figura de perfiles difusos. De hecho, en la *Crónica mozárabe* de 754 se habla de Urbano. Poco sabemos del para unos Julián, para otros Urbano. Más allá del nombre real de un personaje del que no cabe dudar acerca de su existencia, se puede conjeturar,

así lo sostuvo Luis Agustín García Moreno, que Urbano/Julián era un noble exbizantino que gobernaba Ceuta y que, tras la desaparición del dominio oriental, matrimonió con una noble goda, lo cual le permitió tener propiedades en el sur de Hispania, acaso en Carteya, que fueron muy útiles para el inicio de la invasión musulmana.

Durante siglos, tanto la historiografía —véanse las obras de Rodrigo Jiménez de Rada o las de Alfonso X el Sabio— como el romancero —así el *Poema de Fernán González*— mantuvieron viva la leyenda de la deshonra de la hija del conde don Julián que, cegado por su afán de venganza, habría abierto las puertas de la península a los sarracenos. Según estos relatos, que a veces parecen calcar estructuras del mundo latino, la mancilla de La Cava o de Florinda, que esos dos nombres se han dado a su hija, habría sido la causa de la traición de don Julián. Al igual que ocurre con el nombre de la joven, tampoco hay acuerdo en la identidad del violador, que para algunos es don Rodrigo, mientras que para otros es el propio Witiza. En cualquier caso, los hechos habrían sucedido de este modo: estando Witiza en Sevilla, supo de la belleza de la hija del conde de Ceuta, a la que hizo llegar a la corte en compañía de sus padres. Una vez allí, cometió estupro sobre la joven. Enterado de ello don Julián, huyó a Ceuta, desde donde urdió la traición.

Muchos siglos después, en 1970, Juan Goytisolo publicó en México la novela *Reivindicación del conde don Julián*, que no vio la luz en España hasta 1975, una vez consumada la restauración borbónica. El libro, segundo de la trilogía de Álvaro Mendiola, constituyó un ataque a los supuestos acaparadores de una España católica y fanática en la que Goytisolo, que en 1957 se había exiliado voluntariamente en París, no hallaba acomodo. En *Reivindicación del conde don Julián*, Goytisolo hizo burla de personajes históricos como Séneca e Isabel la Católica, por entenderlos representantes de la identidad española, al tiempo que presentó a un Cervantes criptomusulmán. Goytisolo, que murió en Marruecos habiendo recibido el más alto galardón de las letras españolas, el Premio Cervantes, consideraba que la historia de España había tomado una senda

equivocada, muy distinta a la que pudo abrir don Julián, conducente a una sociedad más tolerante y rica... bajo el velo islámico.

Como en tantas otras ocasiones, la obra del universal alcalaíno desmiente las ensoñaciones de Goytisolo, pues en *El Quijote*, Dorotea, al aludir al conde don Julián, dice: «¡Oh Julián vengativo!», acusándole de haber facilitado la conquista árabe de España. Más adelante, el cautivo Ruy Pérez de Viedma, a quien puede suponerse trasunto del propio Cervantes, alude a La Cava, «por quien se perdió España». Por último, en la segunda parte de la obra, maese Pedro, es decir, Ginés de Pasamonte, pronuncia estos versos del romancero, en los que se identifica con don Rodrigo, después de que don Quijote destruyera su retablo de las maravillas:

Ayer fui señor de España,  
y hoy no tengo una almena  
que pueda decir que es mía.